

Sueños chilenos en tierra francesa

Contemplando los cuadros de motivos franceses, pintados por chilenos, que se exhiben en la Universidad de Chile, no puede uno menos de pensar hasta qué punto y cómo Francia ha sido, durante muchos años, la Meca de los pintores chilenos. Pero decir que era la Meca no es decir todo lo que debe decirse; era algo más: el pintor que se dirigía a Francia llevaba en su corazón algo que para él valía más que Francia y más que París -- que bien vale una misa --: llevaba su sueños de arte. Creía, oh, inocente, que allí encontraría su verdadero camino, es decir, su estilo, su color, su luz, su sombra, su pincelada. Francia era, pues, el lugar en que esos sueños podían realizarse. Mientras Gauguin huía de Francia para buscarse a sí mismo, otros iban a ella con las mismas intenciones.

Sería imposible calcular qué cantidad de esos sueños quedaron enterrados en Francia, cuántos y cuáles fueron los hombres que volvieron a su tierra con las manos más vacías, que al partir de ella y quiénes fueron los pocos que trajeron algo que valiera el largo viaje y los duros días pasados allá. Desilusiones, amarguras, hambres; muchos perdieron allá no sólo su fe en sí mismos sino que hasta su fe en la vida y en la humanidad; otros, como Abelardo Bustamante, arrojaron al Sena, después de visitar el Louvre, sus pinceles y su paleta: ya estaba todo pintado, y cambiaron de arte; otros, sabiéndose vencidos, no quisieron volver y se transformaron en obreros o vivieron largos años de espantosa bohemia; otros, finalmente, regresaron: no habían encontrado nada, pero tampoco habían perdido nada; eran más duros que la suerte y que la evidencia. Sólo los que llevaban algo más que sueños -- y que siempre han sido, son y serán los menos -- regresaron con alguna pequeña ganancia.

Las callejuelas de los barrios parisienses, los bares, las academias, los museos, los bancos de las plazas, las orillas del Sena, las humildes pensiones y hasta las memorias de los "concierges" deben estar tapizados de sueños de pintores, caídos o dejados allí, en el transcurso de decenas

de años, como las hojas caen en el otoño, ya sin savia que las retenga a las exhaustas ramas.

Esta exposición, hecha en homenaje a Francia, es, en su conjunto, no sólo hermosa sino que impresionablemente sugestiva y vale, más ^{que} por lo que se expone, por lo que en ella se adivina: el amor que los pintores chilenos tienen por Francia, esa tierra donde cientos de ellos han perdido tantos brillantes sueños y ganado tantas oscuras realidades.

La exposición debió haberse hecho, también, en homenaje a esos soñadores y a esos sueños, caídos o no, en tierra francesa.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©